

### **Dos condes y cuatro marqueses**

**Escribe: ANIBAL NOGUERA**

Hasta el puerto de Minguillo afluye el Reino; allí atracan las canoas y champanes con destino a Honda, a Nare, a las Barrancas de Mateo. Bajo la ceiba, los calafateros, con el anafe encendido bajo las vasijas de barro, hierven brea y pez. Un olor fuerte impregna el aire. Mompox es el ombligo del Magdalena. La llave de la navegación. Sus treinta y tantos encomenderos controlan la boga, el mejor negocio del Nuevo Reino.

Rápidamente, Mompox alcanza el rango de Villa. Tiene escudo: tres cuarteles con una cruz, una palmera, un champán y la diosa Prudencia, con una serpiente enroscada en el brazo izquierdo. También tiene un pintor, el maestro Bernardo Albornoz, que dibuja motivos religiosos al igual que los otros artistas del siglo XVI. La Santa Lucía suya es un enorme óleo que aún pende en la sacristía de la iglesia de La Concepción.

Mompox nació acabada. Cumple los primeros cien años de su fundación y está como ha sido: tres calles principales, la Albarrada, la del Medio, la de Atrás; las plazas del Tamarindo, de la Compañía, de San Carlos; los barrios de Santa Cruz, de Santa Bárbara, de San Francisco, de Zuzua, de Mamón; los callejones de las Tres Cruces, de la Sierpe, de la Concepción, de La Choperena.

A comienzo del siglo XVII, se funda el convento de los Padres Ermitaños Calzados de San Agustín, los dominicos abren las puertas del hospital y funciona un Comisariato del Santo Oficio. Esto último no es broma ni rutina. Se instruyen juicios y condenas a Fray Luis de Benavides por quiromancia, a doña María Ortiz Nieto por herética, a don José Ricord por blasfemo. El uno pierde su carácter de confesor, el otro termina en los presi-

dios de Africa, ella queda reclusa en la cárcel secreta. Se explica que así sea: el diablo ha estado dando vueltas por Mompox. Una de sus fechorías la hizo con Bustamante, viudo de doña Beatriz de la Torre. Hombre rijoso, que salió al bosque a holgar, por sorpresa, con una dama; y, ni holgó ni regresó, pues el diablo disfrazado de cortesana lo remontó al infierno.

\* \* \*

La ciudad se despierta con el alegre tintineo de los plateros. Golpean los pequeños yunques con sus martillos de acero para moldear el oro que les llega de Loba y Guamocó. Salen retorcidos aretes, espléndidas gargantillas, zarcillos primorosos, pulseras magníficas con perlas guajiras y esmeraldas de Muzo engarzadas con precioso esmero. No hay cofre en el Nuevo Reino ni en la Corte que no guarde una alhaja mompoxina. Ni casa ostentosa en Popayán, Cartagena o Santa Fé que no muestre sus ventanas de hierro forjado, hechura de los artesanos de la Calle La Hoyo. Los hornos de los alfareros jamás se apagan. Producen artefactos de barro para uso doméstico (tinajones, moyos, ladrillos, macetas, alcarrazas, botellas, platos, braseros) y adornos de loza vidriada (materas, columnas, garzas, palmeras, palomas, juguetes, etc.). De los andaluces los mompoxinos han heredado el gusto por los dulces, las jaleas, las frutas conservadas, que las mujeres preparan y embalan en cajas de balsa. Así como la suntuosidad para celebrar la Semana Santa y la procesión de la Divina Pastora.

Mompox es la ciudad más floreciente del Nuevo Reino. Ninguna alcanza el crecimiento demográfico suyo con quince mil habitantes. Las iglesias llegan a seis. Algunas espléndidas. A la de Santa Bárbara le agrega el airoso campanile barroco con toque morisco, donado por don Martín de Setuain. La vida urbana es inquieta. Emergen las rencillas pueblerinas por el dominio social. Los parroquianos se hostilizan con encono, asolados, de contera, por una epidemia. Las cofradías, que ya son varias, empéñanse en desterrar la peste. A su celo caritativo se unen los padres jesuítas que han llegado a la Villa. Sin reparo asisten a los enfermos y curan las heridas de las desavenencias.

Los jesuítas encarnan una etapa mompoxina. Gracias a la confianza que han despertado, los vecinos contribuyen para hacer efectiva la Cédula de Fundación que traen con la firma de Felipe IV. Edifican iglesia y abren el Colegio de San Carlos con

la donación del capitán Bartolomé Lázaro de Corcuera, a quien le otorgan el título de Patrono. Pero los españoles son quisquillosos en cuestiones legales y de honor, que casi siempre van juntas; con más razón en un pueblo donde pocas cosas dejan de saberse. El diablo Cojuelo alza las tejas.

Los jesuítas son encasillados en uno de los bandos y con esto sale el primer memorial contra la Compañía. Dudan de la Cédula Real; después, de la legalidad del patronato recaído en el benefactor, por impropio para una persona sin carácter religioso. La Audiencia falla a favor de los jesuítas y viene un breve período de sosiego.

En el Colegio de San Carlos los jóvenes mompoxinos estudian Gramática Latina, Filosofía y Teología. A las aulas concurren los Cogollos, los Villalobos, los Palomino, los Lasso de la Vega, los Lenguas, los Barba de Ortega y León que vienen de casas ricas y poderosas, de los encomenderos y funcionarios mayores; hasta los hijos del Teniente Gobernador, don Antonio de Villarreal. A poco tiempo la Compañía ha enriquecido; el Padre Juan Lorenzo de Medina desempeña la Procuraduría de sus haciendas. El Colegio de San Carlos luce excelentes salones, patios con arcadas y una biblioteca con muchos libros y pergaminos en latín. En la torre de la iglesia colocan el reloj que marca cumplidamente las horas hasta la noche del 31 de julio de 1767, al llegar la pragmática que expulsó del Reino a los hijos de Loyola.

Esa fecha es agorera para los mompoxinos. Diez días antes de cumplirse la orden de Carlos III se posó en la Torre del Reloj un águila que anticipaba la noticia del úkase. Por ello, los padres tuvieron tiempo de hacer el entierro de sus tesoros y de registrarlos en unos planos que vendieron luego en Alemania a persona que le dio lustre a la ciudad.

Más de un siglo después la misma ave cae en la casa de los Germán de Ribón. De nuevo porta malas noticias. En el triángulo de las Bermudas ha naufragado su primo el ingeniero Troncoso, con un cargamento en el que la familia tenía invertido mucha parte de su patrimonio. A la misma hora de la tragedia marítima, el águila —sin que se sepa por dónde— entra a la gigantesca pajarera del patio principal y alborota a los canarios, al pecho de toro, las cotorras, el sinsonte, los turpiales y... ante el asombro ornitológico, con bárbaro apetito, se engulle la guacamaya encadenada en la alcándara.

## Nobleza criolla

El primer noble en llegar a Mompox es el **Conde de Santa Cruz de la Torre**. Huye de los piratas que han asaltado a Riohacha, a Cartagena, a Santa Marta. Por sentirse inseguro en su solar samario, el Conde se instala en la Villa. Desde allí puede administrar sus haciendas de Santa Cruz de Paparen en las Sabanas de Santo Toribio sin la zozobra que le producen los corsarios y bucaneros que infestan el Caribe.

Más tarde, don Andrés de Madariaga compra el **Condado de Peztagua**. Don Andrés es criollo. Nació en la Albarrada. Su riqueza está representada en tierras y ganados. El título de Peztagua tiene respetabilidad. Así lo reconoce el Virrey Ezpeleta. Cuando en la guerra de la "oreja cortada", Vernon sitia a Cartagena y "estaba trabajando a toda prisa en hacer canaletes y procurarse canoas", don Andrés es escogido para defender el río. Tendrá que detener la avalancha de los rabiosos súbditos del Rey Jaime II, que subiría por el canal del Dique hasta el Magdalena, como antes lo había hecho John Hawkins.

En su matrimonio con la hija del encomendero Vargas Machica, don Juan Bautista de Mier y Latorre de la Rozuela, **Marqués de Santa Coa**, recibe de dote miles de caballerías de tierras junto con el nombre que ahora lo ennoblece. Desafortunadamente, el Marqués no tiene a la entrada de su palacete, la columna con la argolla a la que podían ampararse los perseguidos por la justicia. La heredera del título se casa con don Andrés Bautista de Trespalacios, último marqués y durante algún tiempo alguacil mayor del Santo Oficio.

Los **Marqueses del Premio Real** y de **San Fernando** hacen parte de la nobleza mompoxina. Los hatos del segundo llegan a cuarenta mil reses. Ninguno iguala al coronel Gonzalo Josef de Hoyos, **Marqués de Torre Hoyos**, casado con doña María de Hoyos y Trespalacios. Goza de todas las preeminencias sociales. Sus propiedades superan las de los otros juntos. Las fincas suyas en la gobernación de Santa Marta limitan con Ocaña; en Tacasuán, a orillas del río San Jorge, instala diez mil novillas que en pocos años se reproducen sin cuento. Don Gonzalo Josef es un hombre de pro. Este era el calificativo que entonces se usaba para quienes generosamente prestaban un servicio a la

sociedad. Ocupa la Comandancia del Cuerpo de Cazadores del Rey que le otorga poder político, e, igualmente, ejerce la dirección perpetua de la Sociedad Económica de Amigos del País, destinada a fomentar la agricultura y la ganadería regionales. Antes, el Marqués de Torre Hoyos había ejercido la alcaldía, en uno de los años más amargos para Mompox: el de “los juegos de Juan Santiago”, cuando más de quinientas casas fueron consumidas en repetidos incendios que se iniciaban, precisamente, a las dos de la tarde.

El marquesado de Torre Hoyos tiene el mejor partido mompoxino en su hija doña María Isabel, sin una gota de sangre fuera de su alcurnia. Doña María Isabel contrae nupcias con don Mateo de Espalsa y Santa Cruz, subdecano del Real Colegio-Universidad, heredero del título. En 1816 doña María Isabel enviuda y queda joven y rica. Al paso de las tropas de la reconquista olvida la vanidad de su abolengo y se enloquece de amor por un oficial español. La tradición oral conserva algunas versiones droláticas sobre el extraño episodio. Con permanentes regalos de frutos y ganados de sus haciendas, la Marquesa festeja al ejército del General Morillo; éste, obligado con ella, desea reconocerle los favores y le ruega que solicite alguna obsecuencia. El corazón de doña María Isabel supera a la mojigatería de esa sociedad provinciana y reclama en matrimonio al Capitán Juan Antonio Imbrech. La boda recibe el beneplácito del Pacificador. La ceremonia sin boato se efectúa en la iglesia de la Concepción. Los desposados parten hacia Cartagena. La fidelidad suya a la Corona no les permite vivir en la ciudad granadina de más exaltado patriotismo. Mas como el corazón humano tiene extraños designios, cuando una de las hijas del primer enlace de la Marquesa estuvo a tiempo de enamorarse, escoge por marido al vástago del Coronel Germán de Ribón, mártir de la Epoca del Terror.

\* \* \*

Los condes y marqueses llevan una existencia reposada en sus amplias casonas, con aroma de vainilla en los escaparates y los grandes salones cubiertos de esteras y esparto. Sus tertulios son los caballeros con órdenes militares y los de Casa con Cadena, esto es con fuero de asilo, cuyo linaje parte desde el triunfo de Alfonso de Castilla en las Naves de Tolosa. La no-

bleza mompoxina está emparentada con los Trespalacios, los Gutiérrez de Piñeres, los Germán de Ribón, los Pontón, los Fernández, Lenguas, Valientes, Pupos. Con otros apellidos desaparecidos, tales como los Gillín de la Rozuela Irureta Gollena, Berinduaga y Rabadán Charneco y Amuceótegui, Tafur Colorete que debieron ser gentes de muchas campanillas.

A la tranquilidad del notablato insigne se le abre una brecha. Comenzó con una diferencia por intereses entre los Marqueses de Santa Coa y de Torre Hoyos y terminó con alborotos públicos, como no se habían visto desde el escándalo de las monjas de Santa Clara y el de los Obispos de Santa Marta y Cartagena excomulgándose mutuamente. La Villa se dividió en dos bandos, distinguidos con las armas de la casa respectiva. De la algarabía chismosa pasó al tumulto exaltado y a los disturbios en las plazas. La sociedad mompoxina quedó escindida durante algunos años irreconciliables. Una calle contra otra; los barrios, las corporaciones de artesanos, los conventos frente a frente.

La visita del Barón de Humboldt y de M. Bompland restaña las heridas hidalgas. Los viajeros europeos se hospedan donde don Vicente Celedonio Gutiérrez de Piñeres, en la Albarrada, a orillas del Magdalena, la residencia más cómoda de la Villa para recibir a semejantes huéspedes. Por las noches, sentados en el portal, los nobles rodean a los sabios. Mientras se balancean en las mecedoras de bejuco, espantándose los mosquitos con el largo musengue, ven pasar al público ansioso de conocer a los viajeros. Destila el mestizaje gallardo que tanto placer le produjo a Humboldt. Los jóvenes altivos, de mente rápida, mirada nerviosa y expresión hiperbólica; las adolescentes gráciles, de labios sensuales, primorosamente acicaladas, con piel de níspero y una diadema de cocuyos iluminándoles la cabeza.

Las casas de estos señores son de costumbres sobrias y austeras, aunque algunas veces las botan por las ventanas de caoba con barrotes de hierro y zapata salediza de calicanto. Al Conde de Peztagua le corresponde en esta oportunidad ser el anfitrión. Con un espléndido sarao festeja al Barón y a Bompland. Fiesta doblemente magnífica, porque sirve para lograr el armisticio de los marqueses hostiles. Resultó la más pomposa de las noches. ¡Quién lo creyera!, es el canto del cisne para la nobleza mompoxina, porque en menos de una década surge la República.

## Las campañas de don Pedro y doña Manuela

Mompox no cambia. No tiene necesidad de transformaciones. El espíritu de la comunidad construyó la ciudad a su medida. Desde lejos, como en la acuarela de Mark o en la reciente panorámica de Helena Mogollón, la Albarrada se levanta frente al río con su ringlero de casas blancas, algunas con portales, todas con cenefas rojas, y, al fondo, las cúpulas de las iglesias mayores.

Por esa calle pasó sin reposo la historia de Colombia. Sirvió de escenario para los tantos accidentes del drama nacional. En el puerto, bajo los campanos y las ceibas, comenzaba el run-runeo que iría a terminar en arengas encendidas en la plaza del Tamarindo, o en los carros triunfales de Caracas o en Tenerife con la degollina de chapetones.

El tiempo ha perdido el tiempo en Mompox. Pasa sobre el patinado oleaje de los tejados, con arandelas de piperigallos en los aleros, y los deja iguales, como si nada sucediera. Esta es una ciudad sin hostigaciones sobre la cual podría escribirse burlándose de la cronología. El empeño de que se produzcan hechos rotundos resulta inútil. Los mismos acontecimientos suceden en el siglo XVIII o en el de las Luces o en el republicano. En la calle de San Francisco y en el Callejón de San Miguel siguen los orfebres tejiendo perendengues y filigranas de oro y plata. No tendría nada de extraño que sorpresivamente sus gentes se vieran envueltas en nuevas tropelías eclesiásticas, como en 1681, en 1732 o en la tremolina de jesuitas y dominicos. A los mompoxinos les agradan la algarabía y el bullicio público, aunque en sus casas —bajo el naranjuelo del traspatio, meciéndose en la hamaca guindada en el amplio corredor, o escuchando el arpa tañida por “las niñas”— sean casi ascéticos. Pertenecen a cofradías, leen los versos sacros de su primer poeta el presbítero Juan José Peinado, anterior a Hernando Domínguez Camargo; cada año se preparan para la Semana Santa, son gentes de altares el Jueves de Corpus. Las casas tienen su gineceo en donde las “blancas” bordan primores de convento, acompañadas de las concertadas con babuchas de olancillo negro.

Por todo ello, Mompox está regido por los campanarios. El bronce anuncia los fervores familiares y colectivos: los condumios, las devociones, el solaz, las visitas, la hora de encender las fraguas. Las seis iglesias controlan el ritmo de la vida urbana. Cada campana es conocida por su timbre. Las de Santa Bár-

bara repican alegres, juveniles, anuncian la alborada; las graves de San Francisco avisan a los alfareros la hora del almuerzo; las de la Concepción convocan a los tenedores para el regreso al trabajo. Las de Santo Domingo invitan al reposo; el badajo de la de San Juan de Dios es ligero, febril, dominguero, mientras que el de San Agustín golpea duro y deja cierto trémolo de duelo. Por las campanas, estas gentes se regocijan, se recogen, reflexionan; salen palpitantes a las procesiones, a las misas, a las permanentes reyertas que les animan.

Pero jamás las campanas mompoxinas doblaron con más pena que cuando se supo la muerte de don Pedro Martínez de Pinillos en Cartagena. El notario de los acontecimientos de la ciudad, don Pedro Salcedo del Villar, lo describe así:

“La dolorosa nueva se difundió por la población con la celeridad de un rayo, causando en todos los ánimos el pasmo y la consternación que produce el terrible fenómeno, al mismo tiempo que la triste esposa, clamoreaba en todos los campanarios de la Villa. Con la iglesia, lloraban los huérfanos desvalidos, el mendigo, los pobres vergonzantes, el viajero necesitado, los infelices encarcelados; lloraban las honestas doncellas, la viuda desamparada, la madre afligida, la juventud estudiosa, los que amaban el trabajo. Toda Mompox lloraba la pérdida irreparable del mejor de sus amigos y el más asiduo de los benefactores”.

Antes nunca habían sido tan alegres los campanarios mompoxinos como para celebrar, también, a don Pedro Martínez de Pinillos y a su esposa y prima doña Manuela Tomasa de Nájera. Nadie ha recibido en vida tantos homenajes como don Pedro. Los adjetivos elogiosos no se le escatimaron. Benefactor, egregio, patriota digno de inmortal presea, héroe de la humanidad... ¡Y sí que los merecía! Este fue uno de esos ejemplares extraños —“hombre raro”, le dice uno de sus contemporáneos— que se entregan al servicio de la comunidad sin aspavientos ni teatro. El inventario que podría hacersele a don Pedro de actos generosos sería interminable. Para los necesitados y desvalidos tuvo una mano larga. El deporte suyo fue el de descubrir angustias, desesperaciones, estrelladas, para abrir discretamente la bolsa o los labios. De una salían doblones y de los otros el consejo, la consolación, la palabra noble. Si el terremoto de Honda

destruye la ciudad, hasta allá llegan los champanes de don Pedro con vituallas y ropas para los damnificados; si España se mide con Inglaterra, su contingente en oro alcanza para la compra de un navío; si los enfermos de solemnidad no tienen donde reponerse, adquiere la casa de San Carlos para un hospital. Redime los hogares huérfanos, custodia la virtud, ampara a los perseguidos por la justicia, sometido siempre a un riguroso calendario místico. Las grandes limosnas las reparte el domingo infraoctavo del Corpus, otras el domingo siguiente a la octava del Santísimo; las misas y sermones los ordena en la iglesia de San Agustín para el cuatro de octubre dedicados a Nuestra Señora de Alta Gracia.

El señor Martínez de Pinillos piensa en el porvenir de los jóvenes mompoxinos, y con doña Manuela dona un considerable fondo destinado a la educación. Con su legado se abren escuelas primarias en las parroquias de Santa Bárbara y San Francisco. Adquiere de don Pedro del Campo del Villar sus propiedades de la Calle de la Contaduría y comienza a levantar el Colegio de San Pedro Apóstol para el estudio de Latinidad, Filosofía y Teología. Establece caleras y tejares con ese fin, y orienta la atención pública hacia la empresa. Mientras la futura fábrica alza sus paredes, cubre sus techos, y se tallan los sólidos pilares que sostendrán la arcada del patio principal, don Pedro abre una escuela de Latinidad que recomienda a los ermitaños agustinos.

La filantropía del señor Martínez de Pinillos supera lo verosímil. Con su cuantiosa fortuna cumplió una misión social desproporcionada para cualquier particular. La fama de sus obras llegó hasta el Rey, quien al recibir la solicitud de don Pedro para fundar la cofradía del Santísimo Sacramento, se hizo cofrade con la única finalidad de honrar al demandante.

No le pagaron con ingratitud al munífico: sus favorecidos le colmaron de reconocimiento y estima. En los últimos años suyos, Mompox no movía una hoja sin consultar al oráculo, al benefactor, al ponderado. Las miradas y las preguntas se dirigían a la Calle Real del Medio, entre la Sierpe y la plaza del Tamarindo, y entraban a la casa de portón claveteado con un soportal de piedra tallada, en cuya ábside leíase la primera frase del Cántico de Gracias: **“Te Deum laudamus, te dominum confitemur”**.

Una mañana de enero de 1805 todas las campanas de Mompox sonaron alborozadas. El Cabildo lo había dispuesto. Por orden del Católico Monarca el Colegio de San Pedro Apóstol sería Universidad. Así lo pidieron don Pedro Martínez de Pinillos y doña Manuela. Los Capitulares leyeron los oficios reales y organizaron los festejos. Primero, un bando que sería leído por el más agraciado de los jóvenes, don Rafael Valiente, con una guardia del Batallón Auxiliar de Santa Fé. Las vísperas del cumpleaños de don Pedro (18 de enero) se iluminaría la ciudad con fuegos artificiales, en los que son expertos los polvoreros mompoxinos; el 23 de enero, visita plena de la Corporación para entregar las notas de agradecimiento a los bienhechores, a la semana, un solemne tedéum al que invitarían con "papeletas".

Para estas celebraciones, con motivo de la Real Cédula de San Lorenzo, el Cabildo resolvió que sus miembros se presentaran en uniforme de gala: "casaca negra de terciopelo o paño con vueltas de sedas blancas, adornadas con los galones angostos de plata, chaleco blanco de seda, calzón negro, ajustado en la parte inferior con hebilla de oro, medias blancas de seda, zapatos negros con hebilla de oro, sombrero negro al tres y espadín con empuñadura de oro. Los alcaldes llevaban como signo de justicia, una vara larga que remataba con una cruz de oro".

No fue un festejo solo para la señorialidad. Los zambos también estuvieron presentes. En obsequio a los Martínez de Pinillos, los Capitulares permitieron diversiones en los barrios de los bogas.

En el aire, en primer plano y al fondo del general regocijo, las campanas. Desde el alba hasta la hora de la oración, repiquetean jocundas, graciosas, joviales, "para dar al público este testimonio de la alegría y el gozo" de los mompoxinos (son palabras del Ayuntamiento) con don Pedro y doña Manuela.

### Los cañones de guadua

Mompox se encontraba preparada para el sacudimiento de 1810. Alerta ante los acontecimientos que habrían de presentarse. Como en ninguna otra ciudad del Nuevo Reino, su procerato, incluso algunos condes y marqueses, estaba dispuesto a romper con la Colonia. Por lo menos, el de Torre Hoyos no era ajeno al movimiento que se incubaba.

Entre el Cabildo criollo y la autoridad real, representada en el Comandante de Armas don Vicente Talledo, se libraban continuas escaramuzas. Cada acto de don Vicente era cuestionado por los ediles, mientras éste los cercaba de sigilosos fisgoneos. Sus oídos estaban detrás de las puertas en las casas del Alcalde, don Pantaleón Germán de Ribón, y del Alguacil Mayor, doctor Vicente Celedonio Gutiérrez de Piñeres. Poco a poco fue levantándose el expediente de traidores, que transmitía al Virrey Amar y Borbón. Por ello, cuando la desavenencia se oficializó, al denegarle el Cabildo posesión a Talledo como Subdelegado de la Real Hacienda, Santa Fé tiró las puertas a la cara de los mompoxinos. No hubo manera de hacerle torcer el brazo al Virrey, ni la intervención de don Antonio de Narváez, representante del Nuevo Reino de Granada ante la Suprema Junta Central y Gubernativa de España y las Indias. El señor Amar no cedió. La presencia de Talledo en Mompox se le había convertido en cuestión de orgullo.

El Comandante de Armas tenía agarradas las pitas de la conspiración, y los Gutiérrez de Piñeres y los Germán de Ribón, a su vez, habían cercado a Talledo. El denuncia de don Gaspar de Yañas alborotó el avispero. No habría manera de negar lo evidente. Unas cartas cruzadas entre los Piñeres de Mompox y los Piñeres y Narváez de Cartagena destaparon la olla: los bollones exhalaban un picante olor de independencia.

Pero la cosa se arregla muy fácilmente. El Vicario Juan Fernández de Sotomayor, uno de los alborotadores, corre al Santo Oficio y con el Notario de la Inquisición allana la casa de los Gutiérrez de Piñeres donde están los papeles comprometedores. Sin perder tiempo los llevan al Convento de San Agustín, y en nombre de Dios los queman. No queda prueba de nada. Esto ha sido una patraña!, grita el Comandante Talledo, quien le escribe al Virrey quejándose de que "el Vicario es uña y carne del tal Piñeres". La única medida que se le ocurre es la de retener la tropa que subía después de haber conducido a don Antonio Nariño a las bóvedas de Cartagena.

La disputa de los dos poderes se agría todavía más. Para Talledo las ideas que alientan al partido de los Regidores son libres y criminales; a los criollos los trata de holgazanes; a su partido, de la "iniquidad"; a la Villa, de villorrio. Pero al Alcalde

le tenía preparada una buena, de la que el Comandante no pudo reponerse psicológicamente.

La cosa ocurrió así: Don Pantaleón y don Ramón del Corral, su suegro, arman a veinticinco milicianos. Los uniforman y a tambor batiente los conducen como guardia a las procesiones de la Semana Santa. Cuando llegan las tropas regulares éstas tienen que retirarse para evitar un enfrentamiento. A golpes de imaginación, los criollos le ganan la batalla al poder español. Y como si esto no fuera bastante, el 24 de abril resulta otro día bochornoso. Con la llegada del correo de Cartagena se sueltan los “chisperos” a propalar escandalosas noticias sobre la situación en la península. **“Me revestí de prudencia y nada dije”**, comenta Talledo con resignación.

El Comandante aturdido, comenzó a hacer torpezas. Muerto don Pedro Martínez de Pinillos quedó como cabeza de la tribu, Cayo, su hermano, quien acababa de llegar de un viaje de negocios por España. El objetivo de Talledo ahora fue don Cayo. Nadie le pudo sacar de la cabeza que regresaba como espía de Bonaparte. Que traía órdenes y cartas del Rey José. Comenzó la vigilancia y se extremó con los Pinillos y Nájera, quienes, como consecuencia, se unieron a la causa del Cabildo con todo el poder económico y emocional de que gozaban.

El escándalo cunde por el Reino. Santa Fé y Cartagena son los polos de la discordia. Ambos se energizan. El Virrey le otorga total confianza a Talledo. Cartagena se une a los criollos; su Cabildo comisiona a don Antonio de Narváez y a don Antonio Villavicencio para arreglar el problema y ordena —porque está en su jurisdicción— apresar al Comandante y enviarlo a Cartagena.

En ese mismo momento (25 de junio de 1810) Mompox está alterado. Los esclavos de los Pinillos, dirigidos por don Pedro Manuel de Nájera, sitian la casa del Comandante, la batahola recorre la pequeña ciudad, encabezada por José Luis Muñoz y el negro Luis Gonzaga Galván. El Regidor, Marqués de Torre Hoyos, y el Procurador, Tomás de Vallojín, median. Talledo se les encrespa y con ellos le envía al Cabildo, que sesiona agitado, un mensaje altanero. **Fusilaré a los Regidores si tocan algo contra los derechos del Soberano o contra la religión, o contra alguna de las autoridades establecidas**, les dice irascible. En espera de la respuesta del Cabildo queda en la puerta de su

casa, rodeado de tropa. La Calle de la Sierpe hierve de cólera y la poblada de Zuzua y Mamón se abalanza sobre el chapetón y sus soldados. Con palos y piedras, que le proporcionan las vivanderas del puerto, azuzadas por Estanislao Barón, cerca al Comandante que, con su gente, se encierra sin demora. Talledo huye el 2 de julio hacia Santa Fé.

\* \* \*

Lo que viene es la Independencia. Cohetes, arengas, gaitas hasta el amanecer. Las alboradas con bandas de músicos. El 5 de agosto de 1810, a las cinco de la tarde, recibe Mompox la noticia del 20 de julio en Santa Fé. Un testigo presencial, el doctor José María Salazar, describe la escena:

“Repentinamente y como por una especie de encanto, se ven iluminadas las ventanas y las puertas, inundadas las calles de gentes que corren a tropel; unos saltan, otros cantan, todos gritan y todos buscan con ansias entre la multitud, a sus más tiernos amigos para saludarlos con el óbsculo ardiente de la libertad. El ruido de las campanas, de la pólvora, de la música y de mil vítores y entusiastas aclamaciones elevaban el espíritu y causaban una especie de enajenamiento singular”.

La locura. Y, como era de cajón, el Cabildo Abierto. El retozo popular. El repentista con sus décimas patrióticas. El jolgorio metafórico con ejemplos griegos y romanos. El sonoro armonio de los latinajos. Sólo se adopta una medida práctica: la destitución de los Capitulares sospechosos: el Alférez Guerra y el Procurador Vallespin, que son reemplazados por los doctores José María Gutiérrez, “el fogoso”, y José María Salazar. Y... a correr la verbena de la libertad en la plaza del Tamarindo.

El 6 de agosto se reúne el Cabildo. Es el momento más bello de la historia mompoxina: parece que todo hubiese estado listo. Los Capitulares se presentan vestidos de gala y en los sombreros llevan una cinta con el lema **Dios y la Independencia**. Entran a la gran sala del Ayuntamiento en la Plaza de San Carlos y se sientan en las sillas de nogal. Un óleo decora la pared: una india acompañada de un león (España) con la garra puesta sobre el lomo de un caimán (Mompox) en medio de un bosque de

plátanos y palmeras. Todo es solemne. Los Capitulares de pie proclaman la Independencia Absoluta de España.

Los acontecimientos se suceden vertiginosamente. Te Deum. Libertad de esclavos. Destrucción de los instrumentos de tortura del Santo Oficio.

La República también es cortesana y el pueblo exige de los españoles satisfacción por los trescientos años de vasallaje. Esto resulta un lío de marca mayor. Las excusas no son para los Germán de Ribón, ni para los Pontón, ni para los Narváez, ni para los Gutiérrez de Piñeres, sino para el común. Para los bogas, para los alfareros, para las horneadoras, para los salta-atrás, que desean ver a los chapetones humillados. Y lo logran. Un motivo más para continuar la jarana.

\* \* \*

Una copia del Acta que proclama la Independencia Absoluta ha sido enviada a la Junta de Gobierno de Cartagena y se espera una respuesta entusiasta para celebrarla. Esta no llega. Nunca llegó. Los mompoxinos se sienten agraviados.

El 27 de agosto se insinúa en el Cabildo la segregación. Los jueces cartageneros, para herir a los mompoxinos, exoneran de toda culpa al Comandante Vicente Talledo. El 11 de octubre, el Cabildo acuerda la creación de la provincia de Mompox. Forma una Junta Patriótica de Gobierno y diseña la bandera roja suya, con una cruz griega blanca. Elige asimismo representantes al Congreso General del Reino.

El 9 de noviembre, Cartagena declara la guerra. Nuestra primera contienda civil. Los mompoxinos agotan las razones de su conducta en una exposición que el señor García Toledo califica de "baja y grosera", llena de "necedades, artificios e impostura". Los contendores se aprestan para la lucha. El mando de las fuerzas cartageneras lo tiene don José Antonio de Ajos; el de las otras el Teniente de Fragata don Nicolás Valest y Valencia. Las gentes del puerto fluvial se reúnen en el Tejar de Abajo: funden balas, fabrican pólvora y construyen cañones de guadua, forrados con estopa y caña. Será una pelea terrible, a muerte. La cita de las dos fuerzas enemigas se concerta en Las Quintas, antes de llegar a Mompox. El 21 de enero de 1811 se encuentran y combaten de las siete a las diez de la mañana, hora del almuer-

zo. Después de la siesta, continúan luchando hasta el anochecer. Al día siguiente se enfrentan otra vez con denuedo, pero la Villa ya tiene perdida la contienda. Ha quedado sin municiones.

Los mompoxinos no aceptan la injusta derrota que les inflige la aristocrática vanidad cartagenera, obstinada en reconocer a la Junta de Cádiz. García Toledo quiso alzarse con el santo y seña de la Independencia. Se enfrenta a Santa Fé y le incauta mil cuatrocientos fusiles. Produce entonces el cisma patriota y se faja con Mompox, que solo pudo defenderse con un cañón de hierro sin cureña y los de guadua que se revientan al primer disparo.

\* \* \*

Aquí termina el episodio inicial de la vida independiente de Mompox. Lo que sigue será la Guerra Magna, los cuatrocientos zambos que acompañarán a Bolívar en su Campaña Admirable, los Gutiérrez de Piñeres masacrados en la Casa Fuerte de Barcelona, y Córdoba y Maza, el Conde de Aldercreutz, las solemnes Semanas Mayores, la presencia armónica y espléndida de don José María del Pino... Y el ominoso día descrito por Carlos Alemán Zabaleta, brillante escritor paisano de Candalaria Obeso, que comienza así:

“Las broncas campanas de la vieja iglesia perdieron el sonido. Los niños salieron a la calle y se encontraron viejos. Los ancianos no se reconocieron y Cristo al descender del templo se hizo humano. Los relojes quedaron detenidos. Secos estaban los pechos de las madres. Los hombres habían perdido la sonrisa y a las mujeres se les marchitó el sexo. La tierra reseca y dura negaba sus frutos a los hombres. Las aves volaron asustadas y las palabras se quebraron en la boca: **se había ido el río**”.

La Villa de los dos condes y cuatro marqueses había sido víctima de las juveniles travesuras geológicas del río Magdalena, que cambió de cauce.